

Mi alma es una orquesta oculta; no sé qué instrumentos tañen
y chirrían, cuerdas y arpas, timbales y tambores, dentro de mí.
Solo me conozco como sinfonía.

Fernando Pessoa, *El libro del desasosiego*.



Somos mucho más que lo que conocemos. Desconocemos los límites de nuestro territorio. Nuestra patria crece con nuestra imaginación. Si te quedas en la superficie de los ojos tu universo cabrá en una celda. Narramos ya desde la cuna ante el encuentro con la madre; luego, con los otros, todo será una versión de la canción fundacional. Pronto descubrimos la vibración del cuerpo, su ritmo con nuestras emociones, el compás del encuentro triangular entre pensamiento, movimiento y música. Nuestra primera música es la risa. Entonces, tras la repetición del encuentro, el bebé anticipa las escenas, imagina y distorsiona la rutina; pronto aprende a manipular

la realidad. Sus primeros cuadros nunca son realistas, solo lo son cuando viene el rigor de la cultura y lo obliga a las coordenadas; luego, entre la complejidad y el absurdo de la vida rompe y transforma su horizonte, hastiado del engaño de los sentidos. Somos danza, teatro, música y pintura; nuestra lengua natural es el arte. Nuestra imaginación teje tantos caminos que se justifica la frontera impuesta por la lógica; de lo contrario, divagaríamos sin gravedad por la galaxia. Aunque requerimos de la hora, de una fecha, de un nombre; al mismo tiempo la hora es espacio, nuestro calendario está lleno de fantasmas, el rostro amado calla todos los nombres.

La mimesis es nuestra primera epistemología en la escuela. Tras los primeros pasos fuera de la cuna, la palabra amplía el horizonte de nuestras manos. Nuestra memoria frágil todavía a la abstracción de los signos acude al movimiento del cuerpo, de los sonidos, de los colores; nuestra imaginación crea vidas paralelas para domesticar nuestros primeros fantasmas. Más tarde, de esta habilidad dependerá nuestra supervivencia en un mundo abarrotado de mundos posibles. El aprendizaje para sortear laberintos en la primera infancia va a moldear nuestra capacidad para obrar, enfrentar y transformar la realidad, incluso la reconstrucción de esa realidad. Y de nuestras destrezas en estos diálogos entre la realidad inmediata y la construida, de aprender a caminar conscientes de la diferencia entre fotógrafos o pintores, va a depender nuestra habilidad para lidiar con los laberintos de la vida, con la adversidad de los signos ajenos y la mimesis traidora de los falsos poetas. La lógica nos salvará de perecer en medio del entramado de los mundos posibles, la imaginación nos guardará del solipsismo de las preguntas cerradas.

Y cuando caminamos a lo largo de la calle, cuando el mundo deja de estar concentrado en la letra aprendida, en la experiencia transmitida, la danza, el teatro, la música y la pintura son amuletos para no perecer ante la avalancha de realidad. Adiestrados nuestros cuerpos en danzas ancestrales domesticamos el miedo de caminar entre extraños, las historias de hombres y mujeres antiguos nos revelan la muerte en todos los rostros, distinguimos la armonía de la música de los tormentos del ruido, retomamos la precaria fotografía de la experiencia inmediata con la riqueza de todos los recuerdos que acuden a leer una realidad siempre en fuga. La calle es aventura y miedo. Los caminos nos invitan al encuentro de nuevos lenguajes, pero dependemos de la riqueza de nuestro equipaje. No encontraremos nada que no hayamos cultivado entre nuestros objetos sagrados. La maravilla del mundo nuevo no se puede revelar a los espíritus sin preguntas. La

fiesta de jugar en la calle con un espíritu bajo la cuerda de lo apolíneo y lo dionisiaco se nutrirá de alfabetos capaces de dar cuenta de domesticar lo desconocido; de lo contrario, la vista del paraíso nos será ajena, la precariedad de los signos a nuestro alrededor hará sucumbir nuestro ser. El arte y la lógica son los dos corceles que conducimos en nuestro *carro alado*. El arte evita que perezcamos en la linealidad de nuestra calle, la lógica evita que perdamos de vista nuestro hogar.

Desde tiempos antiguos ganamos el pan diario en medio del intercambio de signos. Bailamos, cantamos, narramos y pintamos escenarios. Nuestras manos requieren de una mimesis permanente para transformar el mundo. La fiesta de los sentidos prefiguró la complejidad de la industria. La hipermodernidad de seres anclados en las oficinas, en las fábricas, en la academia, encuentra en la pluralidad del arte el verdadero cemento de la sociedad. La danza, el teatro, la música y la pintura nos proporcionan universales para romper las fronteras de las razas, de las guerras, de los enemigos sin nombre. Las facultades de artes de la universidad del siglo XXI están obligadas a tocar las puertas de todas las demás facultades universitarias. El arte debe abordar un diálogo transversal en el saber de la humanidad, debe contribuir a construir el lenguaje universal que establezca el entramado humano más allá de las diferencias inventadas por las ideologías de los poderes tiránicos. Debemos aprender a hornear el pan de cada día en medio de una fiesta de signos. El arte nos recuerda un imposible deseado: el retorno a la infancia. ¿Podremos aprender a ganar el pan sin renunciar al juego?

Todo conduce al amor, o a su ausencia. Todo camino es deseo, incluso aquellos que niegan el deseo. El juego de los signos renueva a cada instante nuestra mayor imploración humana: el amor. El amor es una construcción mediada por la fiesta. El olor, el sabor, el sonido, el tacto, el color del amado no se agota en la experiencia

de lo mundano; se nutre de nuestra capacidad para el juego. Y el juego nos descubre caminos para renovar el amor. Una de las mayores tensiones de la humanidad es la oposición entre trabajo y erotismo. Pues el primero requiere del cálculo y la repetición; mientras el segundo de la imaginación y del arrojo al vacío, de la muerte renovada de cada día. Esta dicotomía engendra un diálogo incesante entre experiencia y mimesis, entre lenguaje y realidad, construye caminos cuyas metas no se agotan. Amar es la capacidad de construir el juego en complicidad con el otro en medio de la precariedad del lenguaje, bajo el temor irremediable de la muerte. El objeto debe ser renovado por el juego, la fiesta depende de nuestra imaginación y en esta tarea, el arte nos proporciona la semilla para renovar el sentido de los signos:

En el momento de dar el paso, el deseo nos arroja fuera de nosotros; ya no podemos más, y el movimiento que nos lleva

exigiría que nosotros nos quebrásemos. Pero, puesto que el objeto del deseo nos desborda, nos liga a la vida desbordada por el deseo. ¡Qué dulce es quedarse en el deseo de exceder, sin llegar hasta el extremo, sin dar el paso! ¡Qué dulce es quedarse largamente ante el objeto de ese deseo, manteniéndonos en vida en el deseo, en lugar de morir yendo hasta el extremo, cediendo al exceso de violencia del deseo! Sabemos que la posesión de ese objeto que nos quema es imposible. Una de dos: o bien el deseo nos consumirá, o bien su objeto dejará de quemarnos (Bataille, 1988, p. 196).

Enrique Ferrer-Corredor

Referencias

Bataille, G. (1988). *El erotismo*. Barcelona: Ed. Tusquets.